

centro geológico al cual pueden ligarse todas las cadenas que atraviesan el Asia Menor, la Siria y la Media. A esta soberbia montaña que eleva á 5,160 metros sobre el nivel del Euxino su masa volcánica coronada de eternas nieves, llaman los armenios la *Madre del mundo*, y los turcos la *Montaña de Noé*, y desde lejos indican sobre su cima el punto en que paró el arca que salvó á la humanidad. «Genios armados de flamíferas espadas guardan la nave sagrada, verde como el musgo de las pendientes.»

Estas tradiciones prueban que el Ararat llamó la atención de los pueblos desde muy temprano; pero su representación histórica es más grande que su representación legendaria. Gracias á ella, es la Armenia en el Asia Occidental, lo que la Suiza en Europa: una fortaleza natural, una posición dominante, donde se encuentran las llaves de las comarcas vecinas. De aquí la importancia estratégica de la Armenia en las guerras de los romanos y los partos. Que los primeros sean dueños de esa alta meseta y estarán los partos amenazados por su flanco; que la dominen éstos y podrán inundar las provincias romanas con su innúmera caballería.

La Armenia, por su desgracia, figurará incesantemente en la historia de los dos imperios que bordean su frontera, siendo el campo de batalla de sus intrigas y de sus armas. A los males de la guerra, añadirá todavía las discordias intestinas, repartiéndose entre sus dos temibles rivales, bien que los odie á los dos, y recibiendo de sus manos diez reyes en menos de cincuenta años. Recientemente Artavasdes, engañado por Marco Antonio y llevado cautivo á Alejandría, fué degollado por orden de Cleopatra. «Pero el trágico fin de su padre, dice Tácito, hizo irreconciliable enemigo nuestro á su hijo Artaxias, el cual, apoyado por los Arsácidas, supo defender su persona y sus Estados.» Augusto pondrá orden en esta independencia peligrosa.

Los partos. — Los Arsácidas que habían vencido ya dos veces á las legiones, compartían con los romanos la dominación del mundo conocido y parecía ser el más formidable enemigo que el imperio tuviera que temer. Tomaban el antiguo título pérsico de *rey de los reyes*, porque de ellos dependían buen número de príncipes y los reyes de la Bactriana, de la Media Atropátene, de la Armenia, de la Adiabena, de Elimaída, de la Pérsida, de la Caracena, y estaban además aliados con los jefes de las numerosas hordas del mismo origen que su nación, que con el nombre de masagetas y alanos, se habían extendido entre el lago Aral y el Tanáis. Desde el Indo hasta el Eufrates todo parecía sometido á su poder y á menudo habían amenazado al Asia Menor y á la Siria.

Pero lo que el Rin era para la civilización romana, era el Eufrates para la civilización helénica. El mundo griego acababa verdaderamente en sus márgenes, y por eso todos los países situados al Occidente de este río habían entrado tan fácilmente en el imperio de Roma. A la parte de allá había otra naturaleza y otros hombres.

Ni los romanos ni los partos tenían interés en mover estas barreras, y aunque hubieran querido hacerlo, tampoco habrían podido lograrlo, porque otras leyes distintas de la fuerza presidían á la duradera agregación de esos grandes cuerpos que se llaman imperios. Los germanos podrán desbordarse un día sobre la Galia, porque son llamados á esto por el recuerdo de anteriores invasiones, por la necesidad de más espacio, de más sol, de una vida más dulce, y sobre todo, por la organización militar de sus tribus; pero esos partos que viven á caballo ó bajo la tienda de campa-

ña, ¿qué tienen que hacer en el Líbano ó en el Tauro? ¿Irán á encerrarse en las quinientas ciudades del Asia, cuando ni siquiera entran en Seleucia, república griega á las puertas de Tesifonte (1)? El Tíber y el Oronte podían correr bajo las mismas leyes, como van al mismo mar; nunca el Ródano y el Indo.

Fuera de esto, este imperio no tenía más que las apariencias de la grandeza y de la fuerza. El feudalismo que se quiere encontrar únicamente en la Europa de la Edad media, ha existido en todos tiempos en el Asia. Por debajo de los reyes se ve una poderosa aristocracia, cuyos jefes eran los surenas ó generales, y que daba ó quitaba la corona, imponiéndose la ley de elegir el príncipe en la rama primogénita de los Arsácidas (2).

Para contrapesar esta influencia, tenían los reyes la costumbre de asociarse en vida uno de sus hijos; pero como rara vez tomaban al primogénito y los hermanos del hijo preferido encontraban siempre magnates que apoyaran sus pretensiones, venía á ser esta elección un semillero de crímenes y guerras, y el trono del rey de los reyes vacilaba en la sangre.

Ahora que la política de los romanos será más seguida y vigilante, nunca dejarán de tener los emperadores algún Arsácide á la mano para mantener la corte de Tesifonte en el temor perpetuo de una revolución.

Un rasgo bastará para pintar esta monarquía bárbara, muy inmediata aún á su origen para que no fuera posible un gran esfuerzo contra el enemigo de afuera, á condición, sin embargo, de que rara vez fuera necesario, pero muy mal organizada, sin policía ni orden, para ser verdaderamente temible. Dos judíos, Asineo y Anileo, oficiales tejedores en la ciudad de Nierda, hubieron de ser maltratados por su amo, y refugiándose en una isla del Eufrates, llamaron á sí á todos los bandidos de las cercanías. La gaviilla creció rápidamente y muy luego fueron bastante fuertes para imponer contribuciones al país, degollando los rebaños de los que se resistían, pero prometiendo á los obedientes defenderlos contra todos. Llegó la noticia al rey Artabán, y el gobernador de Babilonia recibió orden de reunir el mayor número de tropas que pudiera para ahogar en su origen aquel foco de rebelión.

El sátrapa fué batido, á gusto y contentamiento del príncipe, que, prendado del valor de los dos hermanos, quiso verlos, y luego de verlos, honrarlos, sentándolos á su misma mesa. «Su designio, dice el autor de este relato, era atraerse á los judíos para que el temor que inspiraban retuviera á los grandes en el deber, como quiera que éstos amenazaban sublevarse en cuanto tuvieran á mano la ocasión.»

Uno de los generales partos estaba indignado de ver el honor que se les hacía á los bandoleros y quiso matarlos en la misma mesa real. «¡Cuidado! exclamó el rey. Tienen mi fe y han de salir de aquí incólumes; pero si quieres vengar á los partos de la mengua que han sufrido, luego que ellos vuelvan á su campo, atácalos lealmente sin que yo tenga que ver en ello.»

Y el día siguiente despidió á sus huéspedes. «No es bueno, les dijo, que os detengáis aquí más, porque os

(1) Tac. *Ann.* VI, 42, y Plin. *Hist. nat.* VI, 30. Seleucia sostuvo contra los partos un bloqueo que duró siete años (Tac. *Ann.* XI, 9). El Monumento de Ancira llama á los sátrapas *príncipes et reges*. Plinio (*Hist. nat.* VI, 29) dice: *Regna Parthorum duodeviginti sunt omnia, ita enim dividunt provincias.*

(2) Estrabón (XI, 515) habla de dos consejos que hacían la elección, uno compuesto de los miembros de la familia real, y otro de sabios y magos. Por desgracia, remite Estrabón, para sus detalles, á sus *Memorias históricas* que se han perdido, y en las cuales consagraba un libro entero á las costumbres de los partos.

atraeráis el odio de los jefes de mis tropas y atentarían á vuestra vida, mal que me pesara. Os recomiendo la provincia de Babilonia y no permitáis que se hagan en ella estragos. Es gratitud que me debéis, por no haber escuchado á los que querían vuestra perdición.»

Los dos hermanos volvieron á su isla, donde vivieron mucho tiempo respetados de los gobernadores, queridos de los babilonios, á quienes protegían, y poderosos en la Mesopotamia. Más de una vez, á ejemplo de los grandes señores de la corte, tuvieron los advenedizos caprichos y gustos reales. Así, sucedió que un día vió Anileo á la mujer de un sátrapa, y enamorado de ella, declaró la guerra al marido para casarse con ella, y lo mató en un combate. Y otro día, entró al pillaje por las tierras de un babilonio muy rico, de nombre Mitridates, el cual al frente de un cuerpo de caballería fué en son de guerra contra los hermanos para vengar su agravio y la temeridad de ellos. Pero vencido y prisionero, fué paseado completamente desnudo á lomos de un asno para irrisión de los pasajeros, y después de este escarnio todavía tuvieron la audacia de dejarlo libre.

Este Mitridates era sin embargo el personaje de más cuenta entre los partos, era un príncipe, era yerno del mismo rey. Y en el centro de la monarquía, en la provincia en que residía la corte, casi en presencia del rey, ocurrían estas rebeliones, estas afrentas á la majestad real, estas guerras privadas que recuerdan nuestros tiempos feudales. Bien se ve que el imperio romano, tan fuertemente disciplinado, no tenía nada que temer de tales enemigos.

Nómadas del Asia y del Africa. — «El Eufrates, dice Estrabón, separa á los partos de los romanos; pero el río está bordeado de árabes que no obedecen á unos ni á otros, y secuestran ó ponen á rescate á los comerciantes y demás viajeros.» Toda la línea de las fronteras meridionales estaba igualmente cubierta de desiertos ó de gente molesta, aunque no peligrosa. Al Sur de la Palestina, los árabes nabateos formaban en la península bíblica del monte Sinaí un reino cuyo jefe, enemigo del rey de los judíos, buscaba en Roma protección contra él. Petra, su capital, á dos jornadas de camino de todo país habitado, era el depósito del comercio del Yemen con el Asia meridional y la Europa.

Así los negociantes romanos van á acudir á este mercado, y como Palmira, esa otra reina del desierto, Petra ofre-

cerá todavía á vista del viajero las ruinas de un templo, de un arco triunfal y de un anfiteatro. Roma dejó su huella hasta en aquel mar de arenas movedizas en que todo se borra.

En el valle superior del Nilo andaban errantes los blemeyes y los nubios: tres cohortes situadas en Siene habtaban para cerrarles la entrada de Egipto. En la alta planicie de la Abisinia reinaban príncipes que se llamaron más tarde descendientes de Salomón. Tolomeo Evergetes cuyas victorias atestiguan el obelisco de Axum, de pie todavía hoy, les había ocupado muchas provincias, que sus débiles sucesores dejaron escapar. Los axumitas, á los cuales había enseñado el camino de la India, se apoderaron de este rico comercio que favorecía su posición cerca del *Bab-el-Mandeb*, pasaje temible que los árabes llamaron *Puerta de las lágrimas*. El reino abisinio crecerá muy luego, como en tiempo remoto en que amenazó el imperio de los Farones; pero su ambición se volverá hacia la Arabia, que mira á la otra parte del estrecho espacio del mar Rojo, y dará leyes á aquellos homeritas del Yemen, que Augusto, menos feliz, hará atacar en vano.

Los romanos sólo tenían del Africa en el Mediterráneo lo que la Europa ha tenido alguna vez de este continente: las costas. Y todavía, desde el Egipto hasta el lago Tritón, los nómadas eran los verdaderos dueños del país, fuera de la Cirenaica, los unos establecidos con más ó menos firmeza en algunos oasis ó errantes con sus ganados, y los otros, de instintos más violentos, viviendo del merodeo, de la rapiña, del bandolerismo.

«Salen, dice de ellos Diodoro, salen de improviso de sus soledades, roban audazmente lo que se les viene á las manos y vuelven luego á sus albergues cargados con el botín. Estos libios duermen al raso, al aire libre, y no tienen mejores instintos que los brutos.»

»Sus jefes no tienen ciudades, sino algunas torres construídas á orilla del agua, y en ellas conservan sus víveres. El extranjero es para ellos un enemigo, y por eso dan muerte sin compasión á todos los que encuentran.»

Las soledades que se extendían al Sur de la provincia romana, del país de los nómadas y de los moros, eran recorridas por los garamantas y los gétulos, que tenían los mismos instintos de sangre y de rapiña; pero eran también demasiado bárbaros, estaban muy divididos y en pequeño número para que pudieran inspirar serias inquietudes.

CAPITULO LXIV

ITALIA Y EL PUEBLO ROMANO

I. — ITALIA.

El viaje que acabamos de hacer á través de las provincias romanas y los países limítrofes, nos trae enfrente de España, de donde habíamos partido para dar la vuelta del Mediterráneo. Pero en medio de este mar único en el mundo por la belleza de sus playas, en el centro de esa cuenca á que convergen las miradas de tantos pueblos, hemos olvidado la península que se elevaba como una alta ciudadela, desde donde Roma vigilaba y contenía su imperio.

Por desgracia, Italia había expiado cruelmente sus victorias, y sólo á los tiempos antiguos podía referirse el magnífico saludo del poeta:

*Salve, magna parens frugum, Saturnia tellus,
Magna virum!*

Y en efecto, ¿qué quedaba ahora de la antigua raza italiana? Y la misma Italia ¿era aún aquel fecundo suelo á que habían venido los dioses, según se creía, á dar las primeras lecciones de la ciencia agrícola? Había ciertamente por aquí y por allá vestigios de la antigua fertilidad; en algunos puntos se mostraban maravillas: una vid que tenía dos mil racimos y otra, en la misma Roma, que daba doce ánforas de vino, Varrón encomiaba también el trigo de la Campania y de la Apulia, el vino de Falerno, el aceite de Venafro «y esa multitud de árboles que hace de nuestro país, decía, un inmenso vergel.»

Pero generalmente la riqueza del suelo se había perdido con las viejas tradiciones del cultivo, y el trigo no daba ya, por término medio, más que 4 por 1. «Hemos abandonado el cuidado de nuestras tierras á nuestros últimos

esclavos, dice Columela; y así las tratan como verdaderos verdugos. Tenemos escuelas de retórica, de geometría, de música; las he visto donde se enseñan las profesiones más viles, como el arte de condimentar los manjares y el de adornar la cabeza; pero en ninguna parte he visto profesores ni discípulos de agricultura. Y sin embargo, en el Lacio mismo, para no morirnos de hambre, tenemos que traer el trigo de países situados más allá de los mares, y el vino, de las Cícladas, de la Bética y de la Galia.»

Estos trigos de Sicilia, de África y de Egipto, dados ó vendidos á vil precio en las ciudades marítimas, es decir en todos los puntos de gran consumo, hicieron á las cosechas de Italia, desastrosa concurrencia: el trigo extranjero acabó de matar el trigo indígena. Entonces se recurrió á la carne, que se vendía mejor, sustituyendo las tierras de labor con los prados, con los cultivos «en que Júpiter hace todos los gastos,» los que exigen muchos brazos y propios sacrificios; y en estas tierras de *latifundia* no hubo ya más trabajo para el operario agrícola que lugar para el pequeño propietario (1).

Con esto la tierra faltaba á los hombres y los hombres á la tierra; el suelo italiano se había empobrecido, y, lo que es peor, despoblado Italia.

A las causas económicas de esta despoblación hay que añadir las causas políticas y militares: toda la sangre derramada desde los Gracos, la guerra de los marsos y la cólera más terrible de Sila; después tantas legiones italianas diezmadas por las fatigas de la guerra, tantas exterminadas por el hierro del enemigo, tantos y tantos colonos enviados fuera de la península, y aquellas continuas emigraciones de aventureros que iban á buscar fortuna lejos de la patria. Eran romanos y el mundo les pertenecía, y ahora que la miseria era una vergüenza ¿se habían de haber quedado labrando modestamente sus campos como en el tiempo de la antigua pobreza? Más valía explotar en las provincias su título de ciudadano, el favor de un patrono, magistrado ó publicano y ganar algún empleo lucrativo en aquellas compañías de comercio tan numerosas en el imperio, pues toda ciudad importante tenía una colonia de negociantes romanos (2).

Si ya encontramos en Asia tantos italianos en tiempo de Mitrídates, ¿cuántos no habría ahora? ¿Cuántos en Egipto, en Siria, en Cartago, ciudad que en estos momentos reedifican; en España, donde la mitad de la nación habla ya el latín; en Galia, donde han acabado la invasión de la Narbonense y comienzan la de la Celta y de la Aquitania? Muy pronto los veremos también en el fondo de la Germania entre los marcomanos y los queruscos, y hasta en las soledades, donde el árabe que los encuentra se detiene sorprendido ante hombres de un mundo que no conoce.

Así, el pueblo romano disperso en las más remotas regiones, dejaba desiertos aquellos campos, de donde las vigorosas razas de la antigua Italia habían desaparecido; y Roma se llenaba de una multitud famélica, *miseri ac jejuna plebecula*, que no era menester mirar muy de cerca para ver bajo sus harapientas togas las señales y marcas del látigo y del hierro.

En esta multitud que se reclutaba tan abajo, no veía ya soldados Tito Livio. Columela muestra á los jóvenes romanos de buena casa tan arruinados en edad temprana por el

(1) *Villarum infinita spatia* (Tácito, *Ann.* III, 53). Un liberto casi arruinado por la guerra civil, poseía aún 3,600 yuntas de bueyes, 150,000 cabezas de ganado menor y 4,416 esclavos (Plinio, *Hist. nat.* XXXIII, 47).

(2) Era algo parecido á la expansión de la raza española en el siglo XVI y de la raza griega en tiempos más antiguos; una y otra se aniquilaban para poblar otros países.

libertinaje, que la muerte no tenía casi nada que hacer cuando venía á llevárselos.

Dejando á un lado toda exageración, ello es lo cierto que Italia declinaba en medio de su sorprendente grandeza; sucedióle lo que sucederá á España bajo el reinado de Felipe II: consumirse en levantar una dominación colosal y pagar la gloria con incurables miserias. El sol no se ponía nunca en el imperio del hijo de Carlos Quinto: el Perú le enviaba sus tesoros; sus flotas cubrían el mar; sus ejércitos amenazaban á toda Europa; y sin embargo, con tantas riquezas y poder, España se arruinaba, sus campos se trocaban en desiertos, sus ciudades en villajos, sus castillos en ruinas, y sus señores, sus altivos hidalgos en un pueblo de mendigos. La base que sostenía el edificio flaqueaba y muy luego se hundió todo.

A dicha para Italia, había subido lentamente, y lentamente también declinaba.

Este estado de cosas hería los ojos perspicaces: César se inquietaba viendo cómo el mal que había causado la muerte de Grecia se extendía por Italia. A fin de atajar las migraciones que despoblaban la península y combatir el *ausentismo* que la empobrecía, ordenó que ningún ciudadano pudiera estar más de tres años seguidos en las provincias, á menos de causa legal; y obligaba á los veteranos colonizados á permanecer veinte años en sus tierras antes de adquirir el derecho de venderlas.

Pero las turbaciones del segundo triunvirato volvieron á ponerlo todo en cuestión. Las proscripciones, la guerra de Perusia, y sobre todo las nuevas colonias triunvirales, hubieron de acumular sobre Italia nuevas y mayores miserias. Se ha calculado que desde la dictadura de César hasta los primeros años del principado de Augusto, se entregaron sesenta y tres ciudades á veteranos procedentes de todas las provincias y reclutados entre todas las razas.

Después de aquellas ejecuciones, los caminos de Italia se cubrían de emigrantes que el hambre empujaba hacia Roma; y mientras ellos llevaban al Foro y á los templos sus quejas y lamentos, los que quedaban atrás en sus tierras malrotaban en algunos meses de orgías los bienes que habían alimentado á diez generaciones de labradores. La usura deshacía lo que había hecho la violencia.

¿Cuántos de aquellos soldados groseros y perezosos, se adherían al suelo que podía darles el pan, creaban una familia, fundaban una casa?

Muy pocos, por cierto. Los más de ellos, continuando la guerra en medio de la paz, andaban al pillaje con sus vecinos, y cuando no encontraban ya nada qué pillar, vendían su tierra á algún rico acaparador para ir á Roma á hacer de pueblo soberano, á vivir á la puerta de un patrono, á sentarse en el Circo ó á tender la mano en el puente Sublicio y comerse en un rincón del Foro la *sportula* que habían mendigado.

Así pues, ¿cómo crece Roma, cómo se desborda por encima de sus muros y por todas sus puertas! Alrededor de la gran ciudad había otra, *suburbana*, que descendía hacia Ostia ó corría á lo largo de las vías Apia y Latina, que avanzaba hacia Túsculo ó Tibur y pasaba el río para subir al Janículo ó al Vaticano. La Magna Grecia estaba desolada, *deleta*, salvo dos ó tres ciudades protegidas por su misma posición, y el país de los samnitas, desierto: Benevento, el gran paso entre las dos vertientes del Apenino meridional, conservaba alguna vida (3); la Sabinia y la Etruria acababan de morir.

(3) Mommsen (*Inscript. reg. Neapol.* p. 133) no ha encontrado más que 591 inscripciones latinas relativas al Brucio, á la Yapigia y á

En la Edad media, después del desastre de la Melloria, quien quería ver á Pisa iba á Génova; quien quisiera ver á Italia entonces, no tenía más que ir á Roma. ¿Cuántos eran? Unos dicen que cuatro, seis y hasta ocho millones; otros sólo quinientos sesenta y dos mil. Tal vez habría que triplicar el cálculo. «La divina Naturaleza, dice tristemente Varrón, ha hecho el campo; los hombres han hecho las ciudades.»

Entre tanto, los ricos huían de vez en cuando de aquella multitud á las colinas del Lacio y de la Etruria meridional. «Allí donde nuestros padres ganaban triunfos, dice Floro con despecho, sus descendientes construyen villas.» Véseles, sobre todo, hacia las bellas playas del golfo de Nápoles, que cubren de suntuosas construcciones. El sombrío bosque que rodeaba el Averno había caído bajo el hacha de los legionarios de Agripa, y los numerosos edificios que coronaban aquellas pavorosas colinas se reflejaban en las límpidas aguas del lago, que se había llamado la *boca del infierno*. Agripa completaba allí sus grandes trabajos haciendo construir, bajo la dirección de Cocceyo Nerva, un camino subterráneo desde el Averno hasta Cumas, y aun iba á ampliar la famosa gruta del Pausilipo, que deberá su nombre al Recreo de Vedio Polión (1).

En Puzolo, una gritería en veinte lenguas distintas y la infinita variedad de trajes y de géneros anunciaban uno de los grandes mercados del imperio. Cerca de allí se extendían las risueñas y encantadoras orillas de Bayas, que llama Horacio el sitio más bello del mundo: islas y promontorios recortan el mar en un lago inmenso y tranquilo; todas las bellezas del cielo y de la tierra, todos los terrores poéticos de la leyenda y de la naturaleza se encontraban allí reunidos: el tenebroso antro de la Sibila de los tremendos oráculos; la vecindad del reino de las sombras que Virgilio iba á abrir con su ramo de oro, y los campos Flégreos dejando escapar sus vapores infernales en medio de ruidos siniestros; pero también las verdeantes colinas cuajadas de graciosas construcciones que descendían hasta las olas, fuentes termales que prometían la salud y un tibio ambiente que invitaba al placer. Y también ¡cuántas matronas no dejaban allí su virtud! «La casta y severa Levina fué allí... al llegar era Penélope; Helena al volver» (2).

Nápoles, la voluptuosa é indolente Partenope, ofrecía un asilo menos fastuoso á los retóricos eméritos que iban á buscar allí los siempre vivos recuerdos de la Grecia, los gimnasios, las fratrias con sus alegres festines, concursos de música y todos los juegos del estadio.

No lejos de allí, Pesto se dejaba invadir por la *malaria*, aliento letal que salía de las aguas estancadas y corrompidas de los pantanos, que sus habitantes no sabían ya desecar para sanear el país.

Cicerón hablaba también de ella como de un lugar adonde se arribaba volviendo de África (3); pero Estrabón tenía

la Lucania, contando las más insignificantes, de más de 8,000 que recogiera de todas las provincias de tierra firme en Nápoles; lo que prueba que después de la ruina de las ciudades griegas hubieron de abandonar los romanos esta región á los pastores y colonos. La vida municipal se extinguió, donde había sido tan activa con la raza helénica.

(1) Estrabón, V, 4, 5. El monte había tomado el nombre de la *villa*, que en griego tiene literalmente el mismo sentido, que el Recreo de Federico II. Bayas era una dependencia de Cumas. V. Orelli, número 2263, y la curiosa inscripción (id. núm. 132) en que un griego locuaz celebra en dísticos latinos, sin respetar á veces la gramática, los encantos de Bayas y las delicias del mar. La gruta del Pausilipo de 730 metros de larga pone en comunicación á Nápoles y Puzolo.

(2) «..... *Juvenemque secuta relicto Coniuge; Penelope venit, abit Helene.* (Marcial, I, LXII.)

(3) Cic. *ad Att.* XI, 17.

por insalubre todo el país. Y en efecto, muy pronto no se elevarán sus antes frecuentados templos sino en medio de un desierto (4).

Brindis, embarcadero para la Grecia, se ampliaba más y más cada día, y Reggio, colonizada por Octavio, después de a derrota de Sexto Pompeyo, restablecía más lentamente su fortuna; pero Tarento, asentada muellemente en suelo más fecundo ante el mejor puerto de la Italia del Sur, encontraba parte de sus riquezas de otro tiempo, si no encontraba su antiguo poderío. Sin embargo, no ocupaba todavía más que la mitad de su antiguo recinto.

Así, pues, á excepción de la Campania y alguno que otro



Gruta de Pausilipo (estado actual)

punto de la Magna Grecia, Italia se despoblaba en provecho de Roma, donde se paseaba un pueblo rey harapiento, mendigo y orgulloso, que quería sentarse diariamente á la mesa del festín del imperio, servido por el mismo amo y señor que él se había dado.

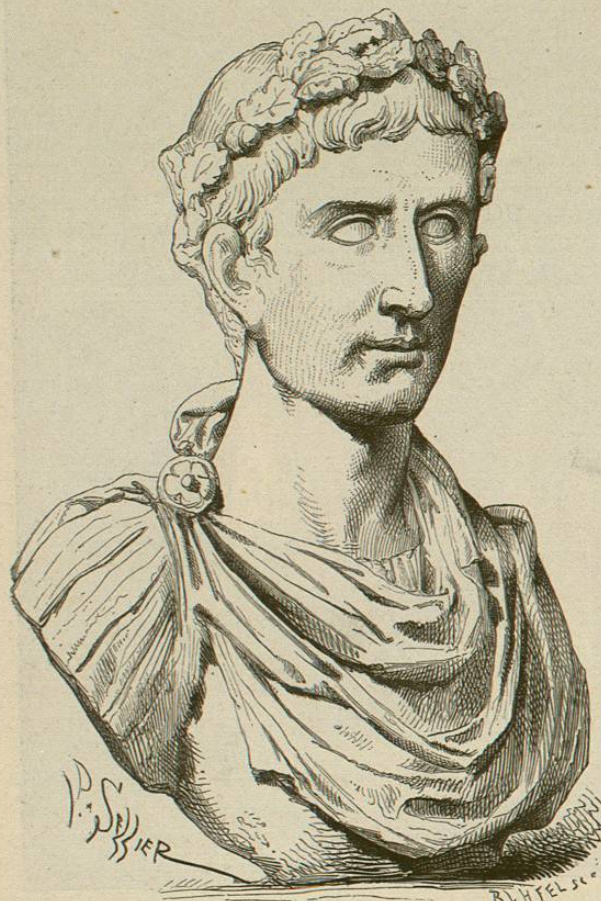
II.—EL PUEBLO ROMANO Y LAS CAUSAS DE LA REVOLUCIÓN IMPERIAL

Estamos, en fin, de vuelta en Roma. Conocemos á los hombres que hay en ella y las ideas que reinan entre ellos, porque lo anteriormente narrado en esta historia ha servido para mostrar la lenta descomposición de la sociedad romana, de sus costumbres, de sus instituciones, y de las tentativas hechas en sentido contrario, por espacio de un siglo, para salvar la república ó para precipitarla. Importa no olvidar nada de este cuadro, si queremos darnos

(4) Estrabón, V, 4, 13.

cuenta exacta de uno de los más grandes acontecimientos de la historia, de la fundación del imperio.

Los escritores, como los pueblos, se inclinan naturalmente á dar grandes proporciones á la parte de los personajes históricos. Un sabio puede cambiar la faz de una ciencia; un general la de una guerra; un hombre de Estado no cambiará nunca la faz de una sociedad, porque la política es una resultante, y la ley constitucional, expresión de una relación entre las ideas, las costumbres y las instituciones, no tiene más que un valor relativo, á diferencia de la ley moral que tiene un valor absoluto. Los más grandes en política son los que mejor responden al pensamiento inconsciente ó reflexivo de sus conciudadanos. Reciben más que dan y su fuerza está menos en su genio que en el encadenamiento lógico de las ideas y de los hechos de que saben



Octavio (1)

hacerse necesarios servidores; de donde resulta que la usurpación ó la salvación, la gloria ó la mengua les viene, tanto de la multitud que los sostiene, como de la ambición que los impulsa.

Cuando los pueblos se penetren de esta verdad viril, cuando sepan que ellos, sobre todo, ellos son los que hacen en política los héroes ó los culpables, darán menos á la adulación ó al odio y más á la previsión ó á la prudencia. Se ha sentado un axioma duro, pero exacto: las naciones tienen los gobiernos que merecen, como el hombre la condición que él mismo se crea.

Esta doctrina no destruye la responsabilidad de nadie, pero la extiende á los que encuentran cómodo salvarla, y si tiene palabras duras para el usurpador que conculca las antiguas leyes, las tiene también para el pueblo que aplau-

(1) Octavio coronado de encina. (Busto del museo del Louvre; número 278 del catálogo Clarac.)

de al usurpador; sino que juzgando á unos y á otros, tiene en cuenta los acontecimientos que han hecho necesarias ó inútiles, duraderas ó transitorias las transformaciones. Absuelve á los que han marchado en la dirección de la gran corriente de la vida nacional y condena á los fautores de revoluciones por arriba ó por abajo, que han querido remontar la corriente ó variar violentamente su dirección.

Apliquemos pues ahora estos principios á los romanos. Lo habían sometido todo, del Eufrates á la Mancha, de los Alpes al Atlas; pero ellos mismos que mandaban en todos se habían sometido: primero al senado, luego á un partido, después á un hombre.

¿Hemos de hablar, después de Accio, de la democracia triunfante? Antonio y Octavio no eran jefes de partido: habían combatido, saqueado, degollado, no por los grandes ni por el pueblo, sino por ellos mismos. Vencidos los tiranidas, el primero hizo del poder una orgía, mientras el segundo confundió su propia ambición satisfecha con el interés público.

Bien se ve la oligarquía que se va; no se ve la democracia que llega. Augusto pasará su reinado introduciendo distinciones en la sociedad romana, encerrando á cada uno en su clase, imponiendo á cada clase su traje. El derecho romano, en tiempo del imperio, se irá acercando cada día más á la ley natural; pero conservará penalidad diferente para los grandes y los pequeños, para los ricos y los pobres. Los emperadores llamarán á los tribunos del pueblo é impulsarán á los municipios á una organización aristocrática; de manera que aquel imperio que parecía traer la misión de establecer la igualdad, prepara la injusta desigualdad social de la Edad media.

Entre tanto funcionan aún los comicios: los triunviros hicieron que éstos confirmaran su poder; pero esta intervención de la asamblea popular no era más que una formalidad. El pueblo parecía dar á las resoluciones de los poderosos el carácter de legalidad necesario, como ciertas máquinas imponen el sello á las monedas, sin hacer el metal de que éstas se forman.

Sabemos lo que vinieron á ser las antiguas legiones republicanas. Los soldados, reclutados al azar, pertenecían á quien mejor los pagaba: Sila que les había entregado el Asia, y César que había ganado con ellos tantas y tan lucrativas victorias, podían contar con su devoción. Lúculo mantiene severa disciplina y lo abandonan; Antonio les niega los legados de César y lo abandonan también, y Octavio pone en venta sus bienes para cumplir las promesas de su padre, y acuden á él.

«No combaten, dice de ellos Montesquieu, no combaten por cierta cosa, sino por cierta persona.»

La posteridad, que rara vez se engaña, ha impreso á aquella revolución su carácter verdadero, dando á los Césares sólo su título militar, *imperator*.

En cuanto á los provinciales, seguían el curso de los acontecimientos sin procurar cambiarlo. Cuando los ejércitos romanos dividieron su obediencia entre César y Pompeyo, entre Octavio y Antonio, ni un grito de independencia salió del seno de las naciones vencidas; mezcláronse en la lucha sólo por coacción, y como los soldados, se decidieron, no por una causa, sino por un hombre, por el que estaba presente con grandes fuerzas, por aquel cuyo patronato útil había ligado los intereses de la provincia con los de su casa.

En tiempo de Tácito, la revolución que condujo la república al imperio aparecía de una manera muy sencilla: «La pasión del poder, dice, crece con nuestro imperio, y como nuestras armas, lo derribó todo. Cuando hubimos

conquistado el mundo, todos se disputaron el poder y las riquezas que daba: al principio el pueblo y el senado, los tribunos y los cónsules; después Mario y Sila, que destruyeron la libertad, y sobre sus ruinas, fundaron su dominación. Pompeyo marchó luego por vías más torcidas, no mejores; después no se combatió ya sino por el imperio.»

¿Explican bien toda la revolución estas palabras de Tácito? El grande historiador, ó más bien, el grande artista cuya alma *trágica* está bien hallada en medio de las más sombrías narraciones, es dado, como la multitud, á encariñarse más de los hombres que de las cosas, porque éstas quieren ser analizadas friamente, mientras aquéllos, componiendo la parte viva y apasionada del drama de la historia, hieren con mayor intensidad los ojos del poeta y de las muchedumbres. Sin embargo, el hombre, en tanto que individuo, sólo ejerce acción en un brevísimo espacio de la duración; y ese conjunto de voluntades, de intereses y pasiones que forma la sociedad ejerce una influencia muy más fuerte y persistente. ¿Qué son todos los ambiciosos que se suceden en Roma, al lado de Roma misma transformada incesantemente ahora por sus vicios, ahora por sus virtudes?

Habiendo venido á ser un mundo, en vez de una ciudad, no podía Roma conservar instituciones establecidas para una sola ciudad y para un pequeño territorio. Con los derechos soberanos personalmente ejercidos por cada ciudadano en el Foro ó en la Curia, con las elecciones anuales hechas en el Campo de Marte, con las leyes discutidas en el comicio, la justicia administrada en el pretorio, los augurios tomados en el Capitolio, se podía regir muy bien la ciudad; pero ¿cómo hacer entrar sesenta millones de hombres en el círculo estrecho y rígido de estas instituciones municipales?

Y en la misma Italia ¿podían, por ventura, los ciudadanos de las colonias y de los municipios estar deseosos de asistir á estos comicios que no tenían interés sino para los habitantes de Roma?

Era pues inevitable una revolución; pero no habiendo cambiado á tiempo su constitución de ciudad por una constitución de imperio, perdieron los romanos la una antes de haberse dado la otra, y sin leyes, sin costumbres, se encontraron abandonados á todas las aventuras, como un barco que no tiene ya áncoras, ni brújula, ni gobernalle.

Dos cosas, por consiguiente, los impelían fatalmente á correr amenazadoras aventuras. Como habían destruido todos los ejércitos de los pueblos establecidos á orillas del Mediterráneo, se habían impuesto la obligación de mantener una poderosa organización militar, que debía traer necesariamente la unidad y permanencia del mando. Y puesto que al pueblo enérgico de los antiguos tiempos había sustituido un senado de advenedizos sin honor y el inmenso proletariado de los libertos, este jefe inevitable de las legiones podía encontrar fácilmente en Roma misma la sombra de legalidad que necesitaba para consagrar su usurpación.

Suprimid la historia romana, Sila y Pompeyo y aun César y Augusto, y la república no sería por eso menos precipitada. El cesarismo nació porque la libertad no podía ya vivir; y la libertad moría porque el mundo necesitaba ya otra cosa.

Jamás quieren resuelta y firmemente los pueblos dos cosas á la vez. En el momento que historiamos, si se exceptúan algunos hombres, más grandes por el corazón que por la inteligencia, el mundo no pedía la libertad; aspiraba sólo á la paz, al orden, á la seguridad, como tres siglos más tarde correrá, aunque fuera entre suplicios, hacia aquel

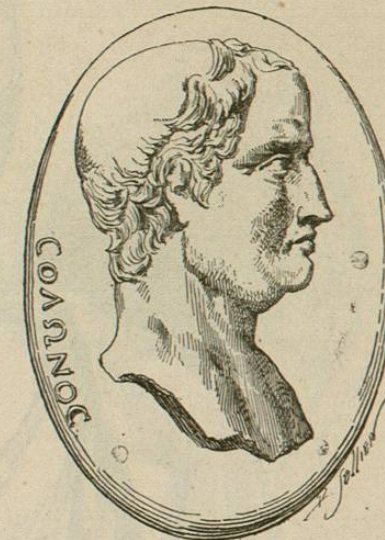
porvenir desconocido, que la grande é inspirada alma de Virgilio había entrevisto, cuando anunciaba un renacimiento del mundo.

Dice muy bien Tácito esta vez al dar comienzo á sus *Anales*:

«Fatigada la tierra de discordias civiles, aceptó á Augusto por dueño de sus destinos, y las provincias vieron con júbilo y celebran con aplausos la caída de un gobierno inepto y flaco que no sabía ni podía reprimir las prevaricaciones de los codiciosos y venales magistrados ni las demasías de los insolentes nobles.»

Los juriconsultos hablan en idéntico sentido, y aunque más friamente, con su ordinaria severidad:

«Como las circunstancias, *ipsis rebus dictantibus*, habían



Mecenas (1)

dado el poder á un pequeño número, sucedió, á causa de las facciones, que vino á ser necesario confiar á uno solo el gobierno de la república, porque el senado no era ya capaz de administrar probamente tantas provincias (2).»

III. — OCTAVIO.

Augusto iba á cortar estos desórdenes, á cumplir los votos de las provincias, á dar á todos la deseada paz; y ha sido grande en la memoria de los hombres, á pesar de su mediano genio, sólo por haber respondido á la expectación universal. Llevado por la ola, ha subido la corriente, pero dirigiendo con destreza, en medio de los escollos, aquella nave tan batida por las tempestades, con los costados entreabiertos y las velas desgarradas, que antes de Accio veía Horacio con espanto volver corriendo la tormenta. Piloto prudente y tímido, no se duerme en alta mar ni en costas desconocidas: *fortiter occupa portum*. Deténesse en el puerto, donde las olas mecen dulcemente y adormecen á los

(1) Visconti, *Iconogr. rom.* I, p. 178. De una cornalina de la colección Farnesia. Una preciosa amatista del gabinete de Francia, firmada por Dioscórides, representa al mismo personaje, en que se había creído ver al principio al legislador del Atica, á causa del nombre COAQNOC , grabado en nuestra cornalina y que no es más que el nombre del grabador Solón. Visconti atribuye las dos piedras á Mecenas, de quien Dioscórides era contemporáneo; opinión fundada en conjeturas y no en monumentos.

(2) Pomponio (*Dig.* I, 2, 2, § 11)... *nam senatus non omnes provincias probe gerere poterat*. Véase en Filón (*de Legat. ad Caium*, f. 1013) el entusiasmo del autor por los beneficios del nuevo gobierno,